

## MISION DE NUESTRO CLAUSTRO

Por JOSE MEJIA Y MEJIA

*Discurso leído por su autor en el acto de clausura de estudios del año de 1.947.*

La Universidad Pontificia Bolivariana no es fuerte por lo añoso de su historia, la pátina de sus crónicas ni el esplendor de su armadura externa, sino por el poderío de su alma original, por el acerado traje interior que le vistieron sus fundadores y por la continuada acción mística que vienen desarrollando quienes tienen hoy a su encomienda la custodia y vigilancia de un patrimonio espiritual que es el fruto milagroso de un abrazo de voluntades y de una comunión de esfuerzos para servir primordialmente a Dios, a la cultura cristiana, a la educación católica, a la ideología bolivariana y a la magnificación de Colombia.

El inventario cultural de la Universidad Pontificia Bolivariana es hoy día ancho y sólido como el de un claustro vetusto, sus fuentes del saber no son cercadas sino ilímites, la actividad intelectual de sus educandos no se recorta ni trepana sino que se extiende y multiplica y los horizontes vitales de la joven fundación son cada día más despejados hacia las metas de la verdad, la justicia, la indagación científica trucción de la personalidad humana. Modelar hombres, plasmar varoaustera, la rígida formación ética profesional y la más ajustada consnes cristianos, facetar patriotas íntegros y pulir ciudadanos consumados no es un prospecto fácil de trabajo, pero este insigne plantel adoptó desde su primer ejercicio un doble símbolo inmaterial que fija de manera impertérrita las líneas eternas de su destino e hipoteca asimismo su vida al claro universo doctrinario que de ese doble símbolo emana, para purificación de almas y liberación de hombres y pueblos. Cristo y Bolívar son ciertamente los dos nombres de luz que acorazan el edificio espiritual de esta creación ortodoxa, pero ellos fundan también el supremo estatuto dogmático que gobierna, rectoriza y encausa toda la marcha ascensional de su procerca existencia.

En la Universidad Pontificia Bolivariana encontramos ciertamente una excelsa fábrica de educandos, un regio taller de caracteres y un limpio crisol de mentes aptas, que mañana ocuparán un sitio de relieve en la sociedad y que serán indudablemente guías ciertos en el desarrollo y crecimiento del proceso intelectual, científico, industrial, artístico, económico, político y social de nuestro pueblo. Pero en el ámbito interno de esta admirable fundación bulle una revolución más trascendente y lumínica que las llamadas revoluciones universitarias, muchas veces tan soberbias de lenguaje, tan pródigas en su atuendo retórico, tan pedantes en su equívoco contenido ideológico y tan huera en la verdad de sus hechos. Nuestra revolución universitaria se encamina hacia un orden católico y no hacia nuevos caos y hacia nuevas tinieblas que ya ha estrenado y ha experimentado el mundo apuntándose un balance dramático de catástrofe, destrucción, ruina, laceria, abismo, muerte y odios universales que ahora mismo dialogan en hórrido silencio para producir nuevas muertes. El estudiante católico bolivariano tiene que preferir más bien un puñado escueto de verdades esenciales y de principios primeros, antes que un profuso racimo de nociones superfluas y de informaciones académicas hiperbólicas o excesivas. La Universidad Pontificia Bolivariana necesita naturalmente producir idóneos bachilleres, avezados expertos en técnica comercial, químicos de singular competencia, artistas y decoradores y arquitectos de pericia indubitable y jurisperitos que esmalten por los méritos de su sabiduría y dignidad profesional los claros blasones del foro antioqueño y del foro colombiano. Pero la Universidad Pontificia Bolivariana quiere, ante todo, tallar en sus claustros a los profesionales que en la actividad cotidiana y en sus menesteres de cada día, minuto y segundo impriman en la sociedad el concepto cristiano de la vida, del hombre, de la sociedad y del mundo que aquí aprendieron, porque de otra manera este instituto naciente tendría un destino tergiversado y sus mismos hijos traicionarían sus mandamientos capitales, los enunciados prístinos y las normas inaugurales que sirvieron de primeros cimientos a su véloz, fulgurante y gigantesca elevación. "Las universidades tienen que ser conductoras, —lo expresó en juicio excelente Monseñor Henao Botero—. Su misión no es sólo transmitir conocimientos, ya que están destinadas a crear una conciencia nacional. Todas las clases de derecho, de medicina y de las demás profesiones tienen que ver con el pensamiento cristiano, porque el derecho y la ciencia divorciados de la moral son embelecros pretéritos del filósofo de Koenisberg". Y a este transparente precepto del ilustre Rector, nosotros añadiríamos que es la Universidad Pontificia Bolivariana la que está llamada hoy entre nosotros a formar una conciencia cristiana de la vida en sus plurales órdenes, campos y actividades, porque si hay algo que hoy aridece a la sociedad, encrespa las relaciones humanas, hace crepitar instituciones, socava organismos sociales, taladra organizaciones políticas y cuaja frentes de guerra económicos, nacionales e internacionales, es precisamente ese lastre grávido de egoísmo individualista que destruye todas las formas de concordia entre los hombres y entre los pueblos, y que todos los días enciende una nueva hoguera de reconcentrada pasión cainita en todos los costados del orbe. Nuestra sociedad es nominalmente cristiana, pero talvez no vive el cristianismo, existe fuera del cristianismo y muchas veces crucifica

al cristianismo para saciar su sensualidad, su codicia y su concupiscencia terrenales. No son pocos los sociólogos, pensadores, polígrafos y disertadores católicos modernos que encadenan el origen del materialismo asiático armado de nuestro tiempo a la sistemática deserción de los católicos del mandato evangélico, de la ley cristiana y de la enseñanza pontificia, y han sido exactamente preclaros Vicarios de Jesucristo quienes castigan en egregios textos encíclicos el paganismo voraz de la sociedad contemporánea, sus desenfrenos anti-humanos, su olvido y menosprecio del Reino de Dios y de su Justicia, que tiene su aplicación en este mismo mundo fungible y perecedero. Pero como lo afirmara eruditamente Carlos Bruhel, “el medio más seguro de incurrir en el disgusto de los hombres, es recordarles sus obligaciones con la justicia. Exaltemos a ésta de una manera general y obtendremos el aplauso entusiasta del público; pero tratemos de exponer las exigencias específicas y prácticas de la justicia, y todos nos darán la espalda. La justicia concreta es la virtud más impopular, y el predicador que se atreve a defender la justicia aplicada compartirá esa misma impopularidad”. “A que se debe el disgusto universal por esta virtud, —se pregunta el autor citado?— Las razones son muy fáciles de comprender: por una parte, las exigencias de la justicia son de un carácter exacto y definido y, por otra parte, sus pedidos se imponen con una inequívoca autoridad. La justicia puede ser medida. No es elástica y no admite que se le estire. Con respecto a los deberes de justicia hay una claridad y una precisión de que carecen los requerimientos de las demás virtudes. Los hombres sienten aversión a los deberes que están asentados sobre una base objetiva y en los cuales no hay lugar para sentimientos subjetivos ni para preferencias personales. Qué es lo justo? Lo que un hombre debe a un individuo definido, lo que concierne a un objeto definido y lo que debe ser restituído bajo circunstancias definidas. En todo este asunto, el hombre tiene poca libertad de elección. Tampoco le dará mucha importancia el llenar simplemente sus obligaciones de justicia, porque al hacerlo así no hace nada más que lo que debe hacer. A este respecto no hay mucha gloria en hacer justicia. Uno podrá ufanarse por sus contribuciones benéficas, pero no puede ufanarse por pagar sus deudas. Aunque la naturaleza objetiva y la estrechez restrictiva de la justicia desagraden al hombre, lo que desagrada aún más es su inflexible severidad y lo terminante de sus órdenes. No hay escapatoria posible, no es aceptable ninguna sustitución. Los años no borran las exigencias de la justicia. Los bienes obtenidos injustamente, por más años que hayan estado en nuestro poder, claman sin cesar por su verdadero dueño. Las lágrimas no pagan nuestras deudas y las limosnas no compensan nuestra falta de honradez. La injusticia tiene siempre consecuencias incómodas que no quedan anuladas hasta que se hayan hecho la debida reparación y la restitución. Considerando estas desagradables propiedades de la virtud de la justicia, no tenemos dificultad para comprender por qué es tan completamente impopular y por qué motivo los hombres hacen todos los esfuerzos posibles para eludir sus claras decisiones y sus molestas exigencias. Esta virtud proviene del hecho de que la justicia está fundamentalmente en oposición con el egoísmo y el interés personal. Se cuadra como una enér-

gica censura contra toda suerte de arbitrariedades. Asegura una igualdad básica entre los hombres. Hace la inconfundible reclamación de que hasta los más encumbrados deben algo a los más débiles, algo que no está en poder de los primeros determinar a su capricho, sino que está establecido por la naturaleza misma de las cosas. Tener que aceptar el hecho de una igualdad humana fundamental, y tener que admitir que otros tienen derechos bien definidos, es algo que hiere dolorosamente a los poderosos”.

Amplia función y dilatada tarea desempeña la Universidad Pontificia Bolivariana en el sentido de aprovechar la sana arcilla humana de sus mozas generaciones discentes para edificar con ella al hombre nuevo que descifre lealmente en su acción privada y en su actividad profesional, el ceñido mensaje de Jesucristo y de su Iglesia para cristianizar la vida económica, comercial, industrial, política, espiritual y cultural de nuestra sociedad. No podemos usar el nombre de católicos bolivarianos y quebrantar con nuestra conducta profesional o con nuestros actos individuales los postulados más simples que se desprenden de la enseña que alimenta y vivifica espiritualmente, desde su origen hasta su presente, a nuestra consagrada fundación universitaria. Antes que una formidable máquina didáctica para fabricar bachilleres y doctores, la Universidad Pontificia Bolivariana es un cuerpo místico, una doctrina, un espíritu, un ideal, un destino y una misión. Si, como se ha dicho, lo que se enseña hoy en los claustros universitarios, eso se vivirá mañana en las plazas públicas, las directivas, los profesores, el estudiantado, los antiguos alumnos y los ex-alumnos fundadores debemos aspirar todos los días a que la Universidad Pontificia Bolivariana opere en la vida nacional colombiana, por la grandeza intelectual, la conciencia responsable, la gallardía ética, la arrogancia moral y el señorío humano de sus profesionales, la más firme y resuelta de las revoluciones cristianas, para que la sociedad y la patria, para que la economía y la industria, para que la política y las controversias ideológicas, para que las relaciones entre el capital y el trabajo, para que el foro y la justicia, para que las leyes y los principios jurídicos de la república, para que el gobierno y los prospectos estatales se encuentren siempre saturados de justicia cristiana, única levadura que puede garantizarle perennidad y fuerza invulnerable al edificio de nuestra nacionalidad. Los alumnos y ex-alumnos católicos bolivarianos tenemos un compromiso de honor con nuestro claustro, con sus sacros emblemas, con el ensueño de sus progenitores, con la quimera de sus fundadores ausentes y con la realidad espléndida de sus constructores presentes. Ese compromiso de honor nos impone publicar las glorias de la Universidad con la pulcritud de nuestros actos, con la nobleza de nuestras actitudes particulares y profesionales y con una superior cifra de limpieza ética en todos los hechos de nuestra vida. Ni los embrujos del lucro, ni los espejismos de la utilidad, ni los mirajes de la avidez y la codicia terrenas pueden borrar, empañar o desmedrar nuestro nombre y apellido espirituales, que son de ascetismo, austeridad, abnegación, rectitud y sacrificio implacables. Para usar el grave y hermoso pensamiento de Ernesto Hello, “el nombre es el honor; y, ascendiendo un poco, el nombre es la gloria. La gloria: es el honor aumentado, es el honor coronado, es el honor ves-

tido de púrpura. El honor es aquello sin lo cual nadie puede pasarse. La gloria es necesaria tan sólo a algunos. Cuando el honor entra en los dominios de lo sublime, toma el nombre de gloria e interviene en él la magnificencia. El honor da lo prometido; es la justicia. La gloria da más de lo prometido; es la magnificencia. El honor contaba y no dió nada menos de lo prometido. Pero la gloria no cuenta; da a ciegas; da magníficamente. Cuando un hombre se ha elevado por encima de la esfera del honor entrando en la de la gloria, su nombre llega a ser sinónimo de grandeza. No es solamente un nombre de hombre, es una manera de designar lo sublime. Su nombre sale del dominio de las cosas particulares para entrar en el patrimonio de la humanidad. La poesía se apodera de él, y pertenece al ritmo”

— O —

La clausura del año escolar de 1.947 después de un balance fructuoso de estudios, advirtiendo la ascensión ordenada y vigorosa de este instituto en todas sus dependencias y secciones, con una afirmación cada vez más nítida de su prestigio y seriedad docentes y destacada su valía científica y cultural en todos los meridianos universitarios de Colombia, son motivos de orgullo para todos aquellos que hemos invertido un lote de alma en esta fundación, pero ello también implica para nosotros el nacimiento de un nuevo deber que nos demanda un celo más obstinado y una pasión más terca al servicio de lo que juzgamos el tesoro de cultura cristiana más legítimo de la educación colombiana. Ante los hombres y ante el mundo, nosotros defenderemos este precioso tesoro espiritual llevando en nuestros labios los vocablos radiantes de Paul Claudel: “Mi nombre es embajador de Dios, portador de Cristo! Y mi apellido es todo lo que es luz, todo lo que es espíritu y todo lo que tiene alas”.